

la juventud y el pueblo árabe crean un nuevo escenario

>> Gabriel Fernando López / Docente carrera de Historia UBA. Mi-
litante de Socialismo Libertario

El periodista y escritor libanés Samir Kassir publicó un ensayo sobre las dolencias generales del mundo árabe del siglo XXI. “No resulta nada grato ser árabe en esta época”, decía que el *malaise* árabe era un reflejo del desencanto de los ciudadanos ante la constatación de hallarse regidos por gobiernos corruptos y autoritarios. “Hay quién experimenta un sentimiento de persecución y quién tiende a detestar su propia condición: una profunda inquietud recorre el mundo árabe” (Rogan, 2010: 12). Este estado en el ánimo generalizado de los pueblos de la región hoy ha cambiado bruscamente en el florecer revolucionarias.

Volvemos a comprobar que sólo desde los oprimidos y explotados puede surgir una respuesta a la crisis civilizatoria que atraviesa la humanidad. Las clases subalternas están rompiendo los diques trabajosamente construidos por el imperialismo, que han mantenido el *status quo* de una región clave para el dominio sistémico.

Se ha puesto en cuestión una forma de concebir a la región, una construcción cultural y de poder denominada por Edward Said como *Orientalismo*. Por siglos Occidente ha recreado los estereotipos que conforman nuestra visión de los árabes. Los *mass media* dominantes difunden ideas preconcebidas que impiden mirarlos directamente. En su discurso los árabes aparecen siempre como multitud, una turba sin individualidad, sin biografías. Masas de seres anónimos y sucios, guiados por el Yihad, son presentados como “la amenaza” (Said, 1990). Las sociedades árabes

se presentan como realidades inmutables por la carencia de modernidad decimonónica, de “fe en el progreso”. Una oposición binaria legitimante de la ideología imperialista. Especial atención propagandística se proyecta sobre las mujeres árabes que son descritas como víctimas, estúpidas y sumisas; un objeto-fetichismo que necesita ser salvado por Occidente (Bidaseka, 2010).

Los expertos en el mundo árabe e islámico, como Bernard Lewis y Fouad Ajami, sumado a la teoría del choque de civilizaciones de Samuel Huntington, ayudaron a los halcones estadounidenses de la era Bush a idear fenómenos ridículos como el de la mente árabe o la decadencia de siglos del mundo islámico, acusándolas de ser retrógradas y carecer de democracia, que sólo el poderío estadounidense puede revertir, argumentos que permitieron y legitiman la “guerra contra el terrorismo” (Said, 2003). Bajo este prisma es entendible que la prensa occidental sea incapaz de explicar las actuales sublevaciones y revoluciones, así como los analistas y el mismo Pentágono fue incapaz de preverlas. Una acumulación de factores económicos, sociales y políticos -con la simbiosis típica de la región entre la política interna y la externa- paso desapercibida por la idea de inmutabilidad y de estabilidad. Se demuestra la hipocresía mediática, lo que ayer eran líderes y países estables, hoy son dictadores y caos (Rebelión, 2/2/2011).

Los pueblos de la región están luchando por su visión de lo que son y lo que quieren ser. Sociedades sitiadas por la frustración y el fracaso se levantan poniendo en cuestión no sólo los estereotipos sino por sobre todo el *status quo* que estos legitimaban. Como sostiene el profesor libanés As’ad AbuKhalil: “Estados Unidos necesitaba creer que los árabes eran fatalistas y pasivos para justificar el apoyo norteamericano a la mayor parte de las tiranías árabes (...) la explosión del descontento popular en todas partes va contra los intereses norteamericanos” (Reuters, 20/2/2011).

De manera gradual EE.UU. empezó durante la década de 1950 a reemplazar a Gran Bretaña y Francia como potencia imperial en esta región, la Doctrina Truman¹ fue el inicio de la intervención

1. En su discurso del Día del Ejército en 1946, Truman expuso su doctrina: “El Oriente Cercano y Medio...contiene vastos recursos naturales...atraviesa la más

estadounidense, que demuestra una continuidad sorprendente en el tiempo. Los pilares de la estrategia yanqui se sostienen mutuamente: considera a los vastos recursos naturales como de “interés nacional vital”²; protege las rutas-puentes entre los tres continentes y para ello la presencia del Estado de Israel resulta vital como potencia representante y primer frente disuasivo³, como lo demostró en cuatro guerras y múltiples intervenciones contra los peligros del nacionalismo árabe, la revolución social y la unidad de las masas árabes de Medio Oriente y del Norte de África. Los regímenes árabes cumplieron un papel importante en este “consenso estratégico”⁴ para estabilizar la región, combatiendo las fuerzas revolucionarias a su interior a la vez que contenían y reprimían la fuerza siempre desestabilizante de la lucha palestina. El fin de la Guerra Fría y la constitución del “nuevo orden mundial” significó una recolonización con la implantación de bases militares estadounidenses en el conjunto de Asia y sobre todo en la región. La desaparición de la URSS y la posterior Guerra del Golfo significó el vuelco definitivo de los estados árabes a favor de la potencia hegemónica, la anterior relación patrón-cliente no se modificó, por el contrario se preservó y se acentuaron las asimetrías.

Después del 11/9, EE.UU. inaugura el periodo de mayor involucramiento en la región, con una pretensión de reorganización global⁵, exportando la democracia, consiguiendo que el

conveniente ruta de comunicaciones por tierra, aire y agua... (y) podría convertirse en una zona de intensa rivalidad entre potencias externas”, citado en Aruri, N. (2006: 27).

2. Doctrina Eisenhower convertida en ley en marzo de 1957. Aruri, N. (2006: 30).

3. Doctrina Nixon- Kissinger.

4. Doctrina Reagan, expresada por el general Haig en 1981. *“Es de importancia fundamental empezar a crear un consenso de intereses estratégicos en toda la región entre árabes y judíos y asegurarse de que no se descuide el peligro dominante de las incursiones soviéticas”,* citado en Aruri, N. (2006: 36)

5. “La Administración Bush argumentaba que un Irak democrático se convertiría en un faro capaz de guiar al resto de los estados árabes y desencadenar una ola de procesos democratizadores en todo el mundo”, (Rogan, E., 2010: 763).

conjunto de los estados árabes se asocien a la “lucha contra el terrorismo” recibiendo como contrapartida la garantía de su apoyo. Los estados árabes cumplen una doble función, contener al “Islam” y a la inmigración.⁶ Las imágenes transmitidas por Al Jazeera desde 1995 de la invasión a Irak, las torturas de Abu Ghraib, las masacres de Afganistán, los ataques de Israel al Líbano, el cerco y bombardeo sobre Gaza, junto con el lenguaje que asimila el terrorismo al árabe y al islámico, no hicieron más que acrecentar la deslegitimación de EE.UU. y los regímenes sustentados. La crisis de imperial, empantanado en Afganistán y fracasado en Irak, sumado la debacle económica, han creado las grietas por donde se expresan las revoluciones.

Egipto, el país con mayor peso histórico, demográfico, militar y político de la región, desde que firmó el Acuerdo de Camp David con Israel en 1979 pasó a ser el segundo receptor de ayuda exterior de EE.UU. (después de la entidad sionista): en 2010 recibió en 1.300 millones de dólares en ayuda militar directa y otros 250 millones de dólares en asistencia económica. La ayuda constante por más de 30 años estuvo destinada a que el ejército egipcio cumpla el papel de resguardo y reaseguro de Israel, así como el control del estratégico Canal de Suez. Aquel acuerdo significó la ruptura del ya extremadamente débil frente común de los estados árabes. Fue la debacle definitiva del panarabismo en su forma estatal y el abandono a su suerte del pueblo palestino. Con la caída de Mubarak el cerco sobre la Franja de Gaza corre peligro de resquebrajarse y los laberintos de negociación que habían llevado al pueblo palestino ya no existen. Israel corre peligro de perder otro aliado fundamental, luego del distanciamiento de Turquía y el Líbano. Asimismo,

6. Las últimas declaraciones del clan Khadafy lo demuestran: “Hay millones de negros que podrían llegar al Mediterráneo y luego saltar a Francia e Italia si Libia deja de garantizar la seguridad (...) Somos un importante socio en la lucha contra Al Qaeda”, aparte de la real pero delirante advertencia: “Será un infierno para los que no me aman”, El País 7/3/2011.

el canciller Liberman consideró que la caída del “líder creíble”, Khadafy, representaría una pérdida estratégica (Palestinalibre.org, 15/3/2011).

Décadas de resentimiento se han acumulado contra las “*cleptocracias autoritarias y endogámicas*” (Página/12, 27/2/2011) que gobiernan en toda la región. Son Estados de clase-clan, según lo denomina James Petras (Rebelión.org, 6/6/2011), clases gobernantes cerradas sobre sí mismas. El acceso al poder, y por tanto a los beneficios del Estado y a los negocios se reduce a miembros selectos del clan o la dinastía familiar y a un número reducido de individuos bien relacionados, creando una burguesía parasitaria que se fusiona con la burguesía compradora. La clase-clan dominante que vive de la renta petrolera, fomenta la economía de enclave y el libre comercio, es decir, por un lado la concesión de extracción de recursos a empresas transnacionales, con poca mano de obra y alta especialización, y por otro, la libertad de importación que socavan cualquier despegue productivo autóctono. Mediante la combinación de represión, sobornos, cohechos, expropiaciones y robo descarado han llegado a acumular fortunas inimaginables sin crear una base de producción que permitiera un crecimiento simultáneo para la sociedad. El resultado fue un veloz ensanchamiento de la grieta entre ricos y pobres y una mayor concentración de la riqueza. Cuando los recursos empezaron a secarse, la privatización y venta de la propiedad estatal se convirtieron en el paso siguiente para el enriquecimiento corrupto a expensas de los pobres (Rebelión.org, 8/3/2011).

Simultáneamente a la adecuación de los dictados del “nuevo orden mundial” estos regímenes adoptaron las recetas neoliberales del FMI, desmantelando los restos de los beneficios y servicios sociales heredados en algunos casos, de la experiencia nasserista. Rompieron de esta forma los últimos lazos paternalistas que unía a los regímenes con la población, erosionando su legitimidad. La ostentación de la riqueza por parte de la casta gobernante y sus socios es uno de los motores de las rebeliones. El derrocado presidente tunecino Ben Alí había sido considerado por el director del FMI, Dominique Strauss-Kahn, como un excelente ejemplo; en marzo de 2010 también

prodigo elogios a Mubarak, considerando a los dos países como modelos de crecimiento a imitar. Aplausos similares recibía el régimen de Khadafy.⁷ Túnez realizó una política de privatizaciones, reducción de subsidios a la canasta básica y apertura económica que le permitió un crecimiento del 5% anual, pero con un 36% de desocupación, $\frac{3}{4}$ de ellos son menores de 30 años. Egipto estaba creciendo al 6-7%, pero los beneficios eran percibidos sólo por un limitado 10% de la población. La pobreza abarca al 40% de los egipcios que viven con menos de 2 dólares diarios, el desempleo se calcula el 30% y el doble entre los jóvenes, mientras subsiste una tasa analfabetismo del 30%.

No debe sorprendernos que la “guerra contra el terrorismo” haya implicado para Khadafy la posibilidad de salir del aislamiento internacional y hacer negocios con empresas europeas, pero también significó para él, como para el resto de los autócratas y monarcas de la región, obtener el visto bueno para continuar ejerciendo el poder eternizándose dinásticamente. La propaganda de la exportación de la democracia significó el despliegue de poderosos aparatos de seguridad, las temibles *mukhabarat*. Maquinarias que tercerización la tortura al servicio de la CIA, el jefe de los servicios secretos Omar Suleiman fue el especialista en “hacer cantar”, el mismo fue nombrado vicepresidente por Hosni Mubarak durante las jornadas de enero por ordenes de EE.UU.; a la vez que ejercían un poder capilar de control de la sociedad. Varios rasgos son compartidos por los regímenes de la región, la población vive bajo “leyes” o “declaración de estado de emergencia” que llevan vigente décadas, la ausencia de libertades políticas y prohibición de partidos políticos -el caso extremo lo comparten gobiernos de orígenes tan disímiles como Libia y Arabia Saudita- o con un régimen de partido único -Túnez, Argelia, Egipto, Yemen, Omán, Siria- a

7. “Cuando el FMI aplaudía la gestión económica de Kadafi” (RFI, 9/3/2011). El informe pone de relieve la buena salud del Banco Central Libio y saluda sus buenos resultados financieros con estas palabras: “*Los directores ejecutivos saludan los buenos resultados macroeconómicos de Libia y su progreso en el reforzamiento del sector privado*”

lo que hay que sumar elecciones maniatadas y fraudulentas en todos ellos -salvo en el Líbano-. La cancelación de la política como utopía reaccionaria provocaba que las pujas de poder se vivieran sólo entre los grupos o cúpulas de poder, los cambios sólo podían esperarse desde arriba.

Por lo tanto, una serie convergente de factores se vienen incubando, erosionando el poder de los regímenes, generando el hartazgo con la servidumbre al imperio y al sionismo, la ausencia de espacios políticos, junto la degradación de la vida por la aplicación de políticas neoliberales; pero sólo la suma de un factor puede explicar el por qué ahora, este es la crisis alimentaria mundial (Granma, 13/2/2011). La FAO advirtió en diciembre del 2010 sobre los peligros de la volatilidad de los alimentos, con un aumento del 32%; la especulación llevo el precio del maíz al 58% y del trigo al 62%, golpeando duramente a una sociedad como la egipcia que gasta en alimentos el 40% de sus ingresos. El precio de los cereales es un tema determinante en la región en donde se tienen que importar los alimentos que se consumen, por ejemplo Bahrein importa el 100%, Libia el 70% y Egipto el 50%.

En 1977 el entonces presidente egipcio Sadat había logrado reprimir la “rebelión del pan”, pero la crisis alimenticia iniciada en 2008 repercutió especialmente en la zona con revueltas y agitación. En Egipto durante ese año surgieron conflictos salariales entre textiles, metalúrgicos y enfermeros, así como reclamos sociales en los barrios populares por ausencia de servicios públicos; son el antecedente inmediato de las jornadas de enero, en el que se ensayó y acumuló experiencias que luego serían recreadas a mayor escala (La Breche, 16/4/2008). El 6 de abril fue “la jornada de la cólera” cuando se reunieron 80.000 personas en Plaza Tahrir contra el aumento del precio del pan y de la gasolina, el mismo día se realizó una huelga general que alcanzó una adhesión de 1/3 de la población. La unidad de los jóvenes con los obreros dio vida al nacimiento del Movimiento 6 de Abril (Kempf, 2011), hoy protagonistas en la caída de Mubarak, una organización eminentemente juvenil que discute y organiza, ahora concentrada en torno a la cuestión democrática, utilizando las redes sociales, pero que tiene sus fuerzas en

las estructuras de la sociedad. Este inicial movimiento logró contenerse gracias a subsidios crecientes de los precios de los alimentos básicos y por las amenazas represivas.

Preocupado ante el derrocamiento del presidente tunecino The Washington Post señalaba: *“estamos viendo el comienzo de una segunda ola de protestas mundiales por los precios de los alimentos”*. Los cables de Wikileaks rebelaron que existía preocupación por parte de la agencia de inteligencia estadounidense desde el 2008. La publicación de los mismos demostró la impunidad y los negocios de los gobernantes, generando un fuerte impacto en la población. Lo que en 2008 fueron revueltas hoy son revoluciones.

Ríos de tinta han corrido sobre la revolución de Facebook y Twitter, el trato mediático del proceso construye una sobresimplificación digerible y una mirada romántica, una representación a-histórica e idealista para no adentrarse al trasfondo que compromete la estrategia occidental y la cultura que la legitima. La respuesta trágica de Mohamed Bouazizi, un joven tunecino de 26 años, padre de dos hijos, universitario desempleado, quién luego de que la policía le confiscara su puesto ambulante y humillara públicamente llevándolo a decidir el 17 de diciembre su inmólación, encendió la llama que hoy se propaga desde el Atlántico hasta el Golfo Pérsico. Con acto la juventud identificó su frustración, fue el catalizador, pero como dijimos anteriormente la llama prendió en una región donde el suelo esta reseco de despotismo, corrupción, escaso desarrollo económico y tremendas desigualdades.

En Túnez huelgas y conflictos, como las antes mencionadas en Egipto, se propagaron en 2008 especialmente entre los mineros y el campo. En las mismas regiones se inició la revuelta que se transformó en revolución. Los sindicatos regionales tomaron la iniciativa presionados por las bases, propagándose de la periferia al centro donde los *hittistas*⁸ enfrentaron a la policía. A los jóvenes de los barrios pobres y diplomados desocupados, acompañados por padres y abuelos, se les unieron abogados y profesores exten-

8. Desocupado que pasa todo el día apoyado en la pared. “Hitt”, significa muro en árabe.

diéndose la revuelta a sectores de clases medias. Las regionales sindicales, sumando la adhesión de más sectores, organizaron una huelga general decisiva; ese día huyó el presidente Ben Alí, el Estado quedó decapitado (Piot, 2011).

En Egipto, el caso de Jaled Said, joven bloguero de 28 años asesinado a golpes por agentes de la policía secreta a la salida de un Cyber en Alejandría en Julio pasado, motorizó la formación del grupo que lleva su nombre, denunciando el accionar del régimen y sus servicios, siendo uno de los articuladores de las jornadas de enero. Con anterioridad, en el 2005, surgió el movimiento *Kefaya* (¡Ya basta!) contra la posibilidad de la sucesión hereditaria de Mubarak, del mismo participan jóvenes y activistas simpatizantes de la segunda Intifada palestina del 2000/1 y opuesto a la complicidad de Egipto con la invasión a Irak.

Una nueva generación protagoniza los enfrentamientos, miles de jóvenes han resurgido de la depresión, de la frustración, de la desesperación y marginación, exteriorizando un renovado deseo de tomar parte, de actuar. Eran considerados una amenaza latente, una “bomba demográfica” esperando explotar en forma de radicalismo islámico. La semilla de la transformación en curso son menores de 35 años, fueron la vanguardia antes y durante la revolución. Son el 60% de los 82 millones de egipcios, el 70% de los mártires y el 80% de los heridos durante las protestas surgen de sus filas. Esta juventud se enfrenta con la gerontocracia en el poder, son la vanguardia de una ruptura cultural y política, no cargan con la frustración del panarabismo nasserista y están haciendo cuentas con el islamismo político, representan una cuarta ola en levantamiento de los pueblos árabes. Por el contrario a lo que se puede pensar, esto no implica que estos jóvenes estén dispuestos a sacrificar su patrimonio y su historia. La influencia de las nuevas cadenas de información árabes y las redes sociales, las mismas que hoy son perseguidas como las causantes de las revueltas por parte de los regímenes, son las que les permitieron trasvasar el control de la información. Sus luchas son nacionales pero con una renovada aspiración panarabista, sus fuerzas trascienden las fronteras impuestas y sus aspiraciones no son depositadas en líderes estadistas o religiosos, el impulso común es de abrir, con vigor e imaginación, el

camino de la autodeterminación, la libertad y la recuperación de la dignidad avasallada, alentando la única pero poderosa herramienta de la movilización popular. Se ha desestimado en las teorías revolucionarias el factor de la recuperación de la dignidad, el honor y la autoestima, en especial en la sociedad árabe, particularmente sojuzgada. Los condenados de la tierra han recuperado su valor derribando los muros del miedo, tomando conciencia del poder de su accionar colectivo, conocen la trascendencia internacional de sus actos, los pueblos de la región vuelven a hermanarse en el valor de la libertad duramente conquistada contra los regímenes que los han dividido.

Esta juventud no sólo se comunicó y reunió a través de las redes sociales, sino que recorrió los barrios populares alentando las movilizaciones repartiendo miles de folletos por la caída del régimen.⁹ El desarrollo de la movilización fue incluyendo a todos los sectores de la sociedad y se extendió a todo Egipto. El día de la caída de Mubarak había 15 millones de personas en las calles de todo Egipto, el 20% de la población. Tanto en Túnez como en Egipto la incorporación a las protestas por parte de los obreros, con sus propios reclamos pero a la vez alentando y tomando las reivindicaciones políticas, fue determinante.¹⁰ También las mujeres fueron desde el inicio protagonistas de la revolución, tomando la palabra desde blogs o en la plaza imprimieron al movimiento un nuevo clima social de regeneración cultural. Por algo el régimen se ensañó con ellas, el 10% de los asesinados fueron mujeres. Las fuerzas de seguridad se vieron sobrepasadas por un movimiento popular con líderes pero sin caciques irremplazables.

Características comunes unen a todos los procesos en curso, no solo por sus causas sino por el accionar de sus protagonistas. Los movimientos crecen desde abajo y se retroalimentan. Las plazas de las capitales árabes se convirtieron en zonas liberadas por la movilización, donde se discute, reclama, baila y se gesta

9. Ver relato de Asmaa Mahfouz en Democracy Now, 8/2/2011.

10. "25 de enero, trabajadores, clase media, la junta militar y la revolución permanente" en <http://www.arabawy.org>, también Kempf (2011).

un nuevo poder. Las concentraciones masivas impusieron la división de las fuerzas del régimen. El grito tan familiar de ¡Qué se vaya! como respuesta a la represión del déspota fue radicalizando el movimiento, impidiendo los juegos de negociación alentados por Washington. Lo que se inició en Túnez fue para Egipto. Este recobrando su papel histórico para los pueblos de la región alentó las movilizaciones en Yemen, Marruecos, Bahrein, Jordania, Argelia, Arabia Saudita, Palestina y Libia; incluso las movilizaciones vuelven a Túnez para expulsar los resabios del viejo régimen. La derrota de Mubarak fue un hito, pero no el punto final, son millones los que les recuerdan al poder que sus demandas todavía no han sido satisfechas. De lo que suceda en Egipto dependerá en gran parte el destino de las revoluciones en curso.

Las condiciones de vida que antes parecían tolerables dejan de serlo y se rebelan insoportables para los pueblos al comprender el poder que posee su movilización, comprueban que su irrumpir profundiza la crisis de dominio y abre grietas en la cúpula dominante, la incorporación de la clase media revela la posibilidad de una disputa por la hegemonía. Al contrario del discurso alarmista sobre el islamismo por parte de occidente o de la banalidad de las aspiraciones “democráticas” por parte de algunas izquierdas, lo que estamos presenciando es una revolución social. Lo que hoy apreciamos es la punta del iceberg, el reclamo democrático, por debajo de la superficie los contenidos y aspiraciones imbricadas, de descolonización pendiente, cuestiones sociales, exigencia de libertad, que todavía no se han logrado articular y alcanzar una acción de proyección revolucionaria independiente esta dado por la ausencia de una acumulación política y organizativa por años de represión.

Las potencias occidentales han tratado y siguen tratando de sostener a sus regímenes títeres y clientes hasta el último momento. En los casos en que la movilización de las masas fue tan contundente que hizo imposible mantener el doble juego de la palabrería democrática mientras se defendía en bambalinas a los dictadores, estas potencias no tuvieron otra opción que soltarle la mano a aquellos despóticas para tratar de que algo cambie mientras todo sigue igual, tratando así de contener el peligro de la revolución social.

Mientras este artículo está siendo escrito la lucha del pueblo libio sigue chocando contra la autocracia de Khadafy, quien desde la primera hora no dudó en reprimir el reclamo popular de libertad para defender su poder, con una política de “tierra arrasada” contra las poblaciones rebeldes. Su accionar impulsa a las petro-monarquías del Golfo Pérsico a acudir con tropas y tanques en auxilio del acorralado rey de Bahrein, así como al presidente yemení lo alentó a acentuar la represión. Lo que está en juego en territorio libio es el bloqueo del efecto domino iniciado con la caída de Ben Alí en Túnez y de Mubarak en Egipto.

Miembros de la U.E. y el premio Nobel de la Paz Barack Obama han decidido iniciar el ataque al régimen de Khadafy. Berlusconi, su más firme socio y amigo ha tratado de defenderlo, Alemania no quiere verse involucrada en un nuevo pantano bélico como al que la llevó EEUU en Afganistán. Gran Bretaña y España tratan por sobre todas las cosas de mantener sus inversiones petroleras, mientras Francia trata de sacar tajada de un negocio en el que hasta ahora es marginal y algún que otro rédito electoral. Todas las potencias occidentales fueron socias de Khadafy luego de su giro a inicios de este siglo, todas lo recibieron en las cumbres internacionales con los brazos abiertos y palabras elogiosas para el luchador contra el terrorismo y la inmigración ilegal; todas, al igual que antes con Sadam Hussein y el Talibán, le vendieron armas con las cuales ha estado asesinando a sus pueblo. Si no actuaron hasta ahora contra las fuerzas de Khadafy fue por impotencia y por cálculo. Ellas temen tanto perder sus negocios como al levantamiento de los pueblos árabes. Las potencias occidentales se decidieron ahora para condicionar o cambiar a un socio demasiado engreído e incómodo, aunque las distintas declaraciones de Khafady han tratado de mostrarle a las potencias occidentales de que lado está, recordándoles que está luchando contra miembros de Al Qaeda y que fue él quién financió la campaña electoral de Sarkozy; por eso es lógico que se sienta traicionado.

La intervención occidental tiene la intención de condicionar a Khadafy, si logra mantenerse en el poder, o a la oposición si llega a derrocarlo, para conseguir que sea un gobierno tan

pro-imperialista como el actual. En los cálculos occidentales no puede descartarse la posibilidad de balcanizar el país, dibujando un nuevo mapa colonial.

La hipocresía de las potencias occidentales se demuestra con toda contundencia ante el doble rasero que utilizan para con el clan Khadafy y los reyes del golfo. Los pueblos del mundo, y en especial el árabe, están acostumbrados a la cantinela de las “intervenciones humanitarias” y la “defensa de valores universales”. El mismo Consejo de Seguridad de la ONU es el que se ocupa de proteger al Estado de Israel vetando cualquier resolución contra las acciones criminales del sionismo. El supuesto argumento de la “defensa de los civiles” no hace más que pretender encubrir la potestad de las potencias imperialistas para seguir rigiendo los destinos de la humanidad.

La supuesta zona de exclusión aérea que se pretende imponer tiene los nefastos antecedentes de la ex -Yugoslavia y de Irak. Nada indica que en un futuro cercano las fuerzas imperialistas no tengan que intervenir sobre el terreno convirtiendo la zona en un nuevo Irak. Es por esta razón que los mismos rebeldes libios se han pronunciado una y otra vez contra la intervención militar.

Sólo el pueblo libio, continuando con su levantamiento popular iniciado el 14 de Febrero es quien tiene que decidir sobre su propio destino. Continúa siendo un deber ético y revolucionario mantenerse del lado de los reclamos y aspiraciones del pueblo libio, anhelos que pueden ser cortados de raíz si logra avanzar sobre ellos el clan Khadafy. Es necesario impulsar la solidaridad en las calles contra una nueva agresión imperialista que pretende limitar, condicionar y frenar las fuerzas de la rebelión árabe, llevando más sangre y destrucción sobre las espaldas de los pueblos árabes.

BIBLIOGRAFÍA

- Aruri, N. (2006). *El mediador deshonesto. El rol de EE.UU. en Israel y Palestina*, Buenos Aires: Canaán.
- Bidaseka, K. (2010). *Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos)coloniales en América Latina*. Buenos Aires: SB.
- Financial Times, 2/3/2011 (Kaplan, R.). “Por qué el mundo necesita autócratas virtuosos”.
- Granma, 13/2/2011 (Krugman, P.). “Sequías, inundaciones y alimentos”.
- Kempf, R. (2011). “La hora de los obreros”, Le Monde Diplomatique, nº 141, Marzo 2011.
- La Breche, 16/4/2008 (Duret, A.). “La ola de protestas del 6 de abril”. Página/12, 27/2/2011 (Popham, P.) “El hambre de democracia”.
- Palestinalibre.org, 15/3/2011. “Israel cree que la caída de Gaddafi representa un ‘peligro estratégico’, y Lieberman le considera un ‘líder creíble’”.
- Piot, O. (2011). “Un drama con muchos actos” en Le Monde Diplomatique, nº 140, Febrero 2011.
- Rebelión.org, 2/2/2011 (Massoud, N.). “Los medios de comunicación estadounidenses y el poderoso alzamiento egipcio”.
- Rebelión.org, 6/3/2011 (Petras, J.). “Las raíces de las revueltas árabes y lo prematuro de las celebraciones”.
- Rebelión.org, 8/3/2011 (Barghuti, M.). “Palestina y la revolución. Lecciones de Egipto”.
- RFI, 9/3/2011. “Cuando el FMI aplaudía la gestión económica de Kadafi”.
- Reuters, 20/2/2011 (Hammond, A.). “Estereotipos que las rebeliones árabes destruyeron”.
- Rogan, E. (2010). *Los árabes. Del Imperio Otomano a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Said, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- Said, E. (2003). “Orientalismo 25 años después”, en *Europa y los otros*. Barcelona: Crítica.